

# ELLOS YA HAN LLEGADO

*JUAN MARINO*

Durante esa noche, pocos fueron los que vieron aquel haz de luz que descendía sobre la ciudad de Berlín. Unos de esos pocos fue Klauss Becker, quien regresaba de su turno en la fábrica de tuercas donde trabajaba, viéndolo pasar por sobre su cabeza a no mucha altura, según su prematura e imprevista observación.

—¡Glup! ¡Un disco volador! —alcanzó a exclamar antes de quedar paralizado por la impresión.

El disco volador se alejaba dejando una tenue estela por entre la densa bruma del atardecer. Su velocidad era inferior a la del sonido y sólo era perceptible un leve zumbido.

Y, antes que Becker pudiera decir algo más, el esbelto ingenio volante se perdía en el horizonte cercenado por los modernos rascacielos de hormigón, acero y cristal, signos inequívocos de una floreciente economía y desarrollo urbano. Becker sintió que los pies se le congelaban. No obstante, la noche era seca y calurosa.

—¡He visto un disco volador! —repitió Becker, una y otra vez.

Momentos más tarde, con una notable sensación de incómoda inseguridad, ingresó en el bar de Hans Bockemann y, más pálido que un papel, se acercó hasta la barra.

—¡Hola, Klauss! —le saludó Bockemann—. ¿Café con leche, como siempre? —le preguntó a continuación.

—¡Hans! ¡He visto un... un disco volador! —dijo Becker, mientras algunos parroquianos miraban con cierta curiosidad al recién llegado.

Bockemann, creyendo que Klauss pretendía jugarle una broma, le contestó con voz fuerte y sonora, dirigiéndose hacia el resto de las personas:

—¡Ja, ja, ja! ¡Muchachos, Klauss dice haber visto un disco volador!

Muchos de los presentes respondieron con sonoras carcajadas, brindando luego a la salud del disco volador de Klauss Becker.

—Lo que sucede, Klauss —dijo Hans, con la voz un poco más baja, mientras secaba el interior de un vaso con un paño—, es que comes tan poco... que uno de estos días vas a ver un elefante volador...

—¿No me creen? —preguntó Klauss, mientras se volvía hacia los demás—. Pasó por encima de los edificios... ¡Estoy seguro de ello!

—¡Vamos, vamos, mi buen Klauss! —dijo Hans—. Esta noche beberás de mi mejor cerveza para que se te despeje la sesera. Además —agregó a continuación—, te haré servir un buen bife con papas fritas y un huevo... ¡No, no! No tendrás que pagármelo... ¡Es un obsequio de la casa!

—Gracias, Hans —respondió Klauss—. Eres un buen amigo...

—¿Quieres que te de un consejo? —preguntó Hans—. Debes comer más... ¡Estás muy débil! ¿Qué haces con el dinero que ganas?

—Estoy lleno de deudas que dejó mi padre, Hans. Tu lo sabes y... debo pagarlas —respondió Klauss con aflicción—. En eso se me va todo el dinero.

—¡Al diablo con las deudas! —dijo Hans—. ¡Ellas te están llevando al cajón!

Momentos más tarde, cuando Klauss se encontraba más tranquilo luego de haber empinado la cerveza que Bockemann le sirviera, intentó retomar el tema.

—Hans..., ¿en verdad no crees que he visto un disco volador?

—¡Mira, Klauss! —respondió Hans iracundo—. ¡Si me vuelves a hablar de lo mismo, te romperé la nariz! ¡Vamos, siéntate ahí y prueba esta exquisita cena!

Con resignación, Klauss optó por seguir el consejo de su amigo Hans, quizás su único y verdadero amigo.

Una hora más tarde, con el estómago satisfecho, Klauss salía de la taberna sin sentir felicidad alguna. Estaba casi seguro que ya no podría volver a ser feliz. Una angustia iba *in crescendo* en su interior. No conocía la causa de tal angustia, pero pronto la descubriría.

Mientras caminaba por las tristes calles que había conocido desde su niñez, recordó a su madre, muerta en un manicomio al cual había sido trasladada por insana; también a su padre, bebedor empedernido y cúmulo de deudas que ahora él debía pagar.

«No, nunca he sido feliz —pensó Klauss—, ni siquiera cuando fui niño... ¡Quizás Hans tenga razón! El hambre ha debilitado también a mi mente y veo cosas que no existen..., pero... aquél disco se veía tan real...»

Tratando de no hacer demasiado ruido, ingresó a la casa donde arrendaba un pequeño y húmedo cuarto. La señora Ibersson, que le conocía desde pequeño, le arrendaba a muy bajo precio la habitación. Subió por la escalera casi en puntillas, tratando de evitar los peldaños que rechinaban, hasta llegar a su tan poco acogedor hogar.

Al trasponer el umbral, como era su costumbre, conectó el interruptor de la luz interior que se encontraba a su alcance. Fue en ese preciso instante cuando toda su atención se centró en un extraño objeto que descansaba sobre la pequeña mesa que Klauss usaba como escritorio.

—¡Aghhhh! —exclamó Klauss, con asco.

Un letrero de luz de neón, de encendido intermitente, parecía hacer pestañear aquel objeto que le observaba. Klauss, sacando fuerzas de flaqueza, se acercó hasta la pequeña mesa.

—¡Un o... ojo! ¡Un ojo que parece humano! ¡Oh, no! —alcanzó a decir Klauss al momento que el estómago comenzaba a darle vueltas como si viajase en un barco.

»La cerveza y la comida de Hans me han sentado mal —dijo luego Klauss—. ¡Yo no puedo estar viendo un ojo humano sobre la mesa! ¡Eso no es posible! —concluyó a continuación, como tratando de convencerse a sí mismo que tal situación era imposible. No obstante, pese a sus deseos, luego de frotarse una y otra vez los propios ojos, el ojo misterioso permanecía sobre la mesa, en una posición que parecía observarle.

Atraído por una extraña fuerza, se acercó aún más hacia la mesa. En seguida, estiró una de sus manos para ver si el ojo era tangible. Las dudas se disipaban porque aquél era un ojo humano, palpitante y recubierto por una sustancia acuosa que produjo náuseas a Klauss cuando éste lo sostuvo en la palma de su mano izquierda.

Lanzando un débil gemido lastimero, sin elegancia, y con el cabello erizado, Klauss soltó aquel repulsivo y gelatinoso órgano. Éste, al chocar contra la mesa, emitió un sonido blando y salpicó hacia todas partes. Acto seguido, Klauss se dirigió hasta el pequeño cuarto de baño y, por desgracia para él, procedió a vomitar todo lo consumido en la taberna de Hans. Luego, casi sin fuerzas, se sentó sobre el suelo y trató de descansar.

Diez minutos más tarde, regresaba a su cuarto con la cabeza más despejada y el estómago mucho más liviano. La luz permanecía encendida, pero el ojo había desaparecido.

Después de observar bajo la mesa y sobre los objetos más cercanos, pasó sus dedos por sobre el líquido que aún permanecía sobre la mesa desde que el ojo cayera de su mano.

—¡El ojo era real! —exclamó Klauss—. Esta sustancia asquerosa lo prueba...

Momentos más tarde, Klauss paseaba por su cuarto como gato enjaulado. Todo lo experimentado durante aquel día no tenía en absoluto algún sentido, menos para una mente poco preparada como la suya.

«¿Qué me está sucediendo? ¡Tan sólo tengo cuarenta años! ¿Me estaré volviendo loco al igual que mi madre? ¡Oh, no! ¡No puede ser! ¡Mañana consultaré con un siquiatra! ¡Sí, es lo mejor que puedo hacer! ¡No quiero morir como ella!», decidió finalmente.

A la mañana siguiente, más pálido que de costumbre y algo desencajado, Klauss visitó a un siquiatra, al primero que encontró en el directorio telefónico.

Tan sólo algunos minutos le bastaron a Klauss para contar la historia de toda su vida. Nada espectacular había en ella antes de los sucesos del día anterior. El doctor Werner le escuchó atentamente y tomó algunas notas. Cuando Klauss terminó de narrar lo referente al disco volador y el extraño ojo, el siquiatra resolvió intervenir:

—Usted me asegura que nunca antes había tenido esas... —comenzó el doctor—. Digo... ¿No había visto antes discos voladores ni ojos sobre las mesas o alguna otra cosa parecida?

—¿Usted quiere saber si antes acostumbraba encontrar elefantes alados por doquier? —contestó violentamente Klauss—. ¿Quiere usted decirme que yo... que yo...?

—¡Cálmese, señor Becker! —le interrumpió Werner—. Usted sufre una crisis nerviosa muy intensa, además de un alto grado de desnutrición —agregó en seguida—, y todo ello juega en su contra. ¡Cálmese, por favor!

—Sí, doctor, trataré de hacerlo —contestó Becker.

—Bien, señor Becker. Le daré una receta por ahora y usted debe venir una vez por semana a mi consulta. ¿Está de acuerdo?

—Sí, doctor. Gracias —contestó Klauss.

—Procure comenzar ahora mismo con la dosis que le prescribo —dijo el doctor Werner, mientras le extendía la receta a su paciente—. Y no olvide cancelar los treinta marcos, por la consulta, a mi secretaria. Que tenga un buen día.

—¿Treinta marcos? ¡Oh! ¡Ah, sí! ¡Tengo que cancelar! ¡Perdón, lo había olvidado!

Con la receta en el bolsillo, sumado a la extraña sensación de ser seguido por alguien, Klauss Becker dejó la consulta del siquiátra y se encaminó hacia el bar de Hans.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Hans—. ¿Qué demonios estoy viendo? ¿Acaso no es Klauss Becker quien aparece tan temprano? —dijo a continuación—. ¿Qué te sucede hoy, Klauss? Pareces un cadáver ambulante.

—Fui a ver al siquiátra —respondió Klauss—. Ahora vengo de su consulta.

—Estoy seguro que te dijo lo mismo que yo, pero a cambio de una buena cantidad de marcos..., ¿me equivoco? —dijo Hans, mientras llenaba una taza de café negro bien caliente.

—Sí —asintió Klauss—, la entrevista no fue muy provechosa para mí. ¿Qué será lo que me pasa, Hans? Al venir hacia acá me pareció que alguien me seguía...

—¡Mira —respondió Hans—, haremos un trato! Vendrás a comer a mi taberna todos los días y sólo te cobraré la mitad del valor. Cuando hayas terminado de pagar todas las deudas de tu padre, me pagarás el resto. ¿Qué te parece?

—Gracias, Hans, eres un buen amigo —contestó Klauss—. Quizás tengas razón y sea la mala alimentación lo que me hace ver aquellas cosas tan extrañas.

—¡Claro que sí! —confirmó Hans, mientras colocaba algunos platillos de porcelana en inestable equilibrio—. Cuando termines tu desayuno, te vas a casa y duermes todo el día.

—¿A casa? —se preguntó Klauss—. ¡Oh, sí! Hans... anoche... sobre mi mesa vi un... ojo.

Al escuchar tan imprevista confidencia, Hans perdió un poco el equilibrio y algunos de los platos que apilaba se desmoronaron haciéndose trizas. Su mal genio no tardó en aparecer.

—¡Pedazo de idiota! ¡Mira lo que me has hecho hacer! —dijo Hans—. Con que un ojo en la mesa, ¿eh? Después me saldrás con que esta noche viste los dos ojos y mañana la cabeza... ¡Grrrrr! No me explico de dónde saco tanta paciencia contigo, Klauss. Puedes sacar de quicio a cualquiera.

—Perdona, Hans. Lo siento mucho —se disculpó Klauss y se retiró de la taberna.

Era cerca de las nueve de la noche cuando Becker despertó sobresaltado, después de dormir casi toda la tarde.

—¡Maldición! —exclamó Klauss—. Voy a llegar tarde al trabajo —pensó después, sin percatarse aún de la realidad y de la hora que era.

Rápidamente se incorporó sobre la cama, tratando de buscar con la mirada el reloj despertador que había sobre la mesa. Sin embargo, tal prioridad pasó a último plano al notar que sobre la mesa había ahora dos ojos humanos que le miraban desde una cabeza verdosa y lampiña. Klauss sólo pudo reaccionar llevándose ambas manos a la cabeza para revolver su cabello, en clara actitud de incredulidad.

—¡No, no, no puede ser! Yo no he visto eso... ¡No! —dijo Klauss antes de salir de su habitación, como alma que lleva el diablo, pidiendo ayuda.

Tan alterado se hallaba en su desesperación que olvidó advertir los peldaños de la escalera y su cuerpo se precipitó abruptamente a través de ella, logrando detenerse sólo al llegar hasta el primer descanso. La señora Ibersson acudió tan pronto como escuchó los primeros gritos de Klauss. No obstante, llegó cuando Becker aún deliraba sobre la escalera.

—¡Arriba! En mi cuarto... una cabeza... una cabeza verde... —balbuceaba el pobre Klauss, mientras se aferraba al cuerpo de la señora Ibersson.

—¿De cuál cabeza hablas, Klauss? —preguntó el hijo de la señora, que llegó algunos segundos después que ella.

—La cabeza... verde... sobre la mesa... sus ojos me miraban... ¡Oh, Dios! ¡Estoy loco!

—Hijo —dijo la señora Ibersson—, ve a ver que sucede ahí arriba.

—Sí, mamá —respondió el fornido joven, antes de partir hacia el cuarto de Klauss Becker.

Luego de entrar a la habitación, sólo observó una mancha acuosa sobre la mesa, junto al reloj.

«¡Hum! —pensó el joven—. Esa mancha debe ser un efecto del letrero luminoso.»

Una hora más tarde, el doctor Werner, llamado por los Ibersson a petición de Klauss, se presentaba en la casa. Después de escuchar lo sucedido y examinar a Klauss, apartó un poco a la señora Ibersson.

—Según mi opinión —dijo el siquiatra—, sólo necesita descanso. Tendrá que dejar de trabajar por un par de semanas y, si la situación no mejora, quizá sea mejor internarlo.

—¿En un manicomio? —preguntó la señora Ibersson.

—No, no tanto como eso —respondió el doctor—. Me refiero a una casa de reposo.

—Eso es muy caro, doctor —interrumpió la señora—. ¿Con qué va a pagarlo... si apenas tiene para comer y para pagar su alojamiento?

—Todos tenemos problemas, señora —agregó el doctor. Luego, cambiando el tema, se dirigió al joven Ibersson—: Desearía conocer el cuarto de mi paciente. Es posible que sean las condiciones en que vive las que...

—No lo creo, doctor —interrumpió el joven—. Las habitaciones son bastante buenas. Acompáñeme.

Acto seguido, ambos se dirigieron hasta el cuarto de Klauss. Después de ingresar hacia él, el médico se detuvo frente a la pequeña mesa y observó algo extraño sobre su lustrosa superficie. Ibersson le interrumpió en sus pensamientos:

—Klauss dijo que sobre la mesa había una cabeza verde —informó Ibersson—, pero lo más seguro es que sólo haya sido el reflejo del letrero de neón sobre aquel líquido que hay sobre la mesa.

El facultativo, poco acostumbrado a que alguien impusiera su opinión sobre un caso que estudiaba, optó por no considerar lo dicho por el joven y decidió untar su dedo índice con la sustancia desconocida para determinar su consistencia.

—¡Hum! Esto parece ser fosforescente —dijo el médico—. ¿Es pintura?

—No lo sé —respondió Ibersson—, pero Klauss solía pintar con acuarela tiempo atrás.

El médico se llevó el índice hasta sus labios luego de comprobar que no era algún tipo de pintura. Posiblemente, su sabor podría darle alguna pista sobre la composición de la extraña sustancia.

—¡Puaj! ¡Que sabor más asqueroso! —exclamó.

—¿Qué es, doctor? —preguntó Ibersson.

—¿Cómo puedo saberlo! ¡Quizá que demonios come o bebe este hombre! Salgamos de aquí antes que se me descomponga el estómago.

—Bien, doctor —respondió Ibersson—. Bajemos.

Cuando ambos ya estaban en la planta baja, el siquiatra encaró a Becker.

—Amigo Becker —comenzó el médico—, le daré una autorización para que sea internado en un sanatorio esta misma tarde. Usted necesita descansar.

Becker, aún tembloroso, extendió su brazo hacia el médico y balbuceó algunas palabras:

—¿Estaba la... la cabeza arriba?

—No, ¡pero volverá! —respondió el médico con voz gutural.

—¡Doctor! —exclamó la señora Ibersson—. ¿Qué está diciendo?

El siquiatra miró con asombro a sus interlocutores.

—¿Qué fue lo que dije? —preguntó.

—Usted dijo —respondió el joven Ibersson—, que la cabeza volvería..., ¿o quiso decir que usted volvería?

—¡Claro que sí! —respondió el médico—. Ustedes deben haberme escuchado mal... ¿Cómo voy a decir semejante estupidez? —se preguntó con incredulidad—. Bien, aquí les dejo la autorización para internar a Becker en el sanatorio.

Esa misma tarde, cuando las sombras cubrían gran parte de la ciudad, Klauss Becker era internado en el sanatorio. Su cuarto era bastante pequeño y carente de decoración.

El robusto jefe de enfermeros instaló sus pocas pertenencias y le dio algunas indicaciones:

—En caso que le ocurra alguna contingencia —dijo el enfermero—, pulse aquel timbre, señor Becker. ¡Muy buenas noches!

Klauss, aún con el rostro muy demacrado, durmió apaciblemente gracias a los fuertes sedantes que le fueron suministrados. Sin embargo, de improviso, despertó sobresaltado a altas horas de la madrugada. Después de familiarizarse con el nivel de luminosidad en el interior del cuarto, comenzó a percibir una respiración acompasada. Observó hacia una antigua cajonera y, sobre ella, se encontraba aquella familiar cabeza verde. El miedo paralizó al pobre hombre y le impidió alguna posible reacción posterior.

Un poco más abajo de la cabeza fosforescente había una mano, también de color verde, cuyo dedo índice le apuntaba. La expresión del conjunto cabeza-mano era de mandato irresistible. Lentamente, la mano se movió e indicó hacia la ventana, al mismo tiempo que los ojos le ordenaban que saliera a través de ella. Klauss no disponía de suficiente fuerza de voluntad para ofrecer alguna resistencia.

«¡Me obligan! ¡No puedo resistirlo!», se dijo.

Sin dejar de observar la cabeza, Becker descendió desde su cama. Primero pensó en pulsar el timbre, pero sus manos y su cuerpo sólo obedecían al mandato dado por la cabeza verde.

Segundos más tarde, Klauss Becker, hijo de una insana y de un alcohólico, se escurría a través de una ventana del sanatorio. En el exterior, la luna se ocultaba tras una nube y se hacía cómplice de la forzada fuga.

Durante aquella misma noche, el doctor Werner se estremecía al despertar y ver sobre su pequeña mesa de noche un ojo, al parecer humano, que le observaba en forma fija.

—¡Gran Dios! —exclamó el facultativo.

Sin salir de su asombro, el siquiatra se levantó, se encaminó hacia la pequeña mesa y tomó entre sus manos aquel órgano ocular que aún le observaba. A fin de cuentas, él era un médico y no un sujeto ignorante como Klauss Becker.

«Esto parece un ojo humano —pensó Werner—, pero de hecho no lo es del todo. Hay algo en él que..., ¡porque yo tengo este ojo en mis propias manos y sé que no es una alucinación! ¡Yo soy un científico! No un estúpido e insignificante obrero.»

Werner llevó el ojo hasta su sala de estudio y lo depositó sobre una bandeja. Sin embargo, ni por un instante se limitó a pensar en la posible procedencia de aquel ojo y por qué conducto había llegado a su poder.

Poseído por un extraordinario entusiasmo profesional, Werner se dedicó a estudiar aquella extraña pieza de anatomía.

A la mañana siguiente, al encontrarlo dormido sobre el escritorio de trabajo, la criada lo despertó:

—¡Doctor, doctor! ¡Despierte!

—¿Eh? ¡Oh! ¡Me quedé dormido! —reaccionó el médico.

Acto seguido, el doctor se levantó de la silla y preguntó a la criada:

—Etta, ¿dónde está el ojo?

—¿El qué, doctor?

Werner se mordió los labios, tratando de asimilar su angustia: el ojo había desaparecido.

—No se preocupe, Etta, ¡retírese! —ordenó el doctor.

—Sí, doctor. Dentro de un cuarto de hora estará listo el desayuno —indicó la criada al momento de retirarse, junto a los elementos de limpieza.

Con la preocupación reflejada en el rostro, Werner se sentó para meditar respecto a lo sucedido.

«¡Imposible! ¡Imposible! Yo soy un siquiatra, un médico. ¡No soy Klauss Becker! ¡Pero el ojo estuvo en esta bandeja!», se dijo después de algunos instantes, observando las marcas acuosas dejadas por la presencia del ojo al interior de ella.

Durante el resto del día no sucedió nada más, pero en la noche, cuando el siquiatra apagaba la luz de su despacho para salir, vio la cabeza verde flotando sobre un mueble auxiliar.

Junto a la cabeza se materializó una mano que le apuntaba con el índice. Werner sintió que el cabello se le erizaba en la nuca. La situación no era para menos.

«Esto no puede ser. ¡No estoy loco! ¡No estoy loco!», se repitió a sí mismo para reafirmar su claridad mental.

En aquel instante, la mano flotante se movió e indicó hacia la ventana. Werner se acercó y observó a través de ella. En el exterior estaba su automóvil, aunque él estaba seguro de haberlo estacionado en el garaje antes de ingresar a la casa. Era una situación inverosímil pero real.

Werner hizo partir el vehículo, mientras la cabeza se acomodaba en el asiento del lado y el dedo índice de la mano verde indicaba el camino a seguir.



Minutos más tarde, el vehículo salió de Berlín y el índice apuntaba hacia una colina cercana.

Más adelante, el dedo lo obligó a apartarse del camino secundario y, a campo traviesa, se acercaron a un enorme agujero del cual sobresalía sólo algo semejante a una cúpula de metal. Al observar con mayor detalle, el corazón de Werner dio un vuelco estrepitoso y su latir aumentó de ritmo.

—¡Gran Dios! ¡Un disco volador! ¡Esto es simple locura!

En seguida, al bajarse del vehículo, escuchó un leve y profundo silbido, observando cómo una puerta, surgida de la nada, comenzó a abrirse en un costado del disco.

Una fuerza de incierto origen, más poderosa aún que la anterior, le obligó a ingresar al vehículo espacial. En primera instancia, se encontró con una sala muy iluminada y elegantemente amoblada al modo terrestre. No obstante, lo que más sorprendió al doctor Werner fue la presencia de Klauss Becker: sentado, pálido y desencajado.

—¡Ah! ¡Al fin llega usted, doctor Werner! —dijo Klauss, aún visiblemente angustiado—. Lo mandé a llamar porque no me siento muy bien...

—¿U... usted me mandó llamar? —preguntó Werner, con angustia—. Pero... pero si estamos en...

—Sí, se lo pedí a «ellos» —asintió Klauss, con resignación—. Por favor, doctor. ¿Qué me sucede? Dígame que no estoy loco. Usted me dejó en la sala del sanatorio y ahora estoy dentro de un disco volador... ¿Estoy loco, doctor?

Werner no sabía qué responder. No obstante, en aquel momento, comenzó a pasear la mirada en derredor y se estremeció. Ahí, en el umbral que de pronto apareció frente a ellos, había dos personas que lo miraban con aire acusador y una de ellas lo apuntaba con el índice, tal como antes lo hiciera la mano verde, mientras decía:

—Doctor Werner, hace muy mal en introducirse en nuestro sanatorio por la ventana para visitar a su paciente —increpó el director del sanatorio, un hombre calvo de frías facciones—. Mañana se servirá explicarnos su actitud. ¡Buenas noches, doctor Werner!

Poco a poco, el doctor Werner fue reconociendo el reducido decorado de la habitación del sanatorio, pero desde una perspectiva sutilmente distinta. Sin embargo, lo último que escuchó, antes de desmayarse, fue un leve zumbido que no pudo catalogar... ni jamás podría hacerlo.

**FIN**

Libros Tauro